

LOS HOMBRES, EL AMOR Y LA PAREJA

Josetxu Riviere Aranda, Consultoría Aizak, Género, igualdad, masculinidades.

Secretaria Técnica de la iniciativa Gizonduz de Emakunde.

josetxu.riviere@aizak.org

Resumen

Este trabajo aborda cómo construimos los hombres nuestro imaginario y nuestra práctica amorosa teniendo en cuenta que nuestro referente cultural dominante a la hora de definir qué es y cómo se siente el amor es el ideal de amor romántico.

Es importante analizar en qué consiste y en qué medida sigue vigente el ideal de amor romántico tradicional en una sociedad como la nuestra en la que se han producido importantes cambios sociales, muchos de ellos de la mano de las mujeres y de su incorporación a esferas de libertad y espacios sociales, que han supuesto poner en cuestión y revisar importantes ideas que sostenían una sociedad organizada por y para los hombres. Se trata también de analizar las diferentes formas de socialización del ideal de amor romántico entre mujeres y hombres. Una división de roles sociales que se presenta como "natural", para hablar de lo que es normal, al punto de volverse inevitable (Bourdieu 1998).

Esta forma de amar que se nos presenta como "natural" es distinta para hombres y mujeres y hace que las consecuencias, los haberes y los costes, del amor romántico sean distintos para mujeres y hombres.

A pesar de no tener un modelo de masculinidad universal, válido para todo momento y lugar, sí nos encontramos con una ideología que tiende a justificar la dominación masculina (Badinter 1992, 43).

Los modelos de relaciones de pareja, unidos a las ideas dominantes sobre determinados modelos familiares, impulsan y afirman una manera diferente de situarnos, hombres y mujeres, ante el aprendizaje y gestión de nuestros sentimientos y de nuestras relaciones afectivo-sexuales.

El amor de pareja ha sido construido socialmente a lo largo de la historia y ha sucumbido a la influencia de los poderes dominantes (Coria 2001).

En ese sentido la socialización masculina en torno al ideal de amor romántico está atravesada por los modelos mayoritarios, más o menos rígidos, de masculinidad.

Parece obligatorio detenerse en la relación de los hombres con el manejo de los sentimientos, en su gestión y en su importancia para la construcción de la identidad masculina, a la hora de analizar cuál es la forma en la que interiorizamos el papel que el amor romántico nos adjudica.

Los datos e informes que hemos utilizado se refieren fundamentalmente a las relaciones heterosexuales, pero también debemos señalar que el reparto de papeles que desde el ideal de amor romántico se realiza no es ajeno a las personas cuya opción u orientación sexual y afectiva es con personas de su mismo sexo. Por lo tanto, debemos analizar no solo la relación de desigualdad en las relaciones de pareja con respecto a la desigualdad social de mujeres y hombres, sino también en relación al reparto de protagonismos y poder que desde el ideal de amor romántico se plantea entre quienes establecen esa relación.

Palabras clave. Amor romántico. Igualdad, masculinidad, socialización, poder

El modelo de amor romántico

El amor romántico es una de las posibles formas de expresar nuestros afectos. Es una de las formas del amor que conlleva la presencia del deseo sexual y que se percibe singular y distintivo respecto de otras formas amorosas, sea por la intimidad que produce, el compromiso al que puede remitir o las percepciones que genera (Esteban, Medina, Távora 2005, 2).

Analizar cuáles son los orígenes y características que lo definen es importante. Es en la Edad Media cuando encontramos ya todas las características que van a definir el amor romántico (De Rougemont 1938).

Los amores románticos no son precisamente sencillos, son amores complicados que aparecen en muchas ocasiones como imposibles de resolver. Los amores imposibles, las dificultades que hay que sortear y vencer lo hacen más grande. Muchas de las historias románticas, Tristan e Isolda por ejemplo, representan el triunfo de sus protagonistas frente a dificultades como la oposición de sus familias, pertenecer a diferentes clases sociales o tener orígenes étnicos distintos.

Esa dificultad no se circunscribe solamente a los obstáculos para estar juntos sino también al proceso de “conquista”. Las resistencias, sobre todo de las mujeres, serán vencidas por el pretendiente porque *el amor lo puede todo* y porque en el fondo ése era el oculto deseo de la persona amada a pesar de que manifieste claramente lo contrario y se niegue a aceptar esa propuesta de relación. Esto plantea un grave problema de comportamiento ante los deseos de la otra persona, ya que normalmente es quien está enamorado quien “decide” que la otra persona también lo está.

Hoy en día las diferencias de percepción marcadas por el género respecto al significado de una negativa ante una propuesta amorosa siguen siendo

importantes. Entre las chicas son el 22% quienes se muestran de acuerdo con que cuando las mujeres dicen no quieren decir sí, entre los chicos son el 39% (Amurrio, Larrinaga, Usategui, Del Valle 2008, 66). En ambos casos se trata de un porcentaje alarmante.

Esta idea tiene graves consecuencias en relación al maltrato y a situaciones donde no se respetan los deseos de los demás, y dificulta la percepción de algunas conductas abusivas disfrazándolas como propias del amor. Así, una insistencia abusiva para vencer una negativa inicial será en demasiadas ocasiones explicada y entendida socialmente como legítima; por otro lado una negativa no tendrá solo una lectura como muestra de una opción personal autónoma y firme, sino que quedara supeditada a interpretaciones subjetivas e interesadas que sólo responden al deseo de una de las partes. De esta manera la concepción del amor dominante aparece como uno de los componentes de la complejidad de la violencia de género (García, Casado 2010, 18).

Nos encontramos con que el sufrimiento personal está muy vinculado a las historias de amor romántico. Se sufre mientras se consolida esa relación, por las dudas, por el final incierto, por la ausencia de la otra persona, por los finales trágicos y sin solución. Predomina una idea del amor romántico que presupone el gusto por las desgracias (Sampedro 2005).

Las pasiones (que podemos definir como un sentimiento muy intenso que domina la voluntad y puede perturbar la razón), como el amor, el odio, los celos o la ira, son una de las partes más importantes del amor romántico. Esa pasión propia del amor romántico es superior a uno mismo y no es posible controlarla, con lo cual nos sitúa como meras marionetas de algo más elevado y superior a nosotras y nosotros mismos. La pasión amorosa, al aparecer como un algo que se padece, un arrebató, una enajenación, un trastorno, algo que transporta fuera de sí, traspasando los límites de lo cotidiano (Altable Vicario 2005, 126),

nos niega como elementos autónomos y responsables, somos esclavos del amor, lo cual puede llegar a justificar acciones y actitudes que de otro modo estarían penalizadas o serían difícilmente aceptadas.

El objetivo del amor romántico es un absoluto, encontrar al ser que te complementa, al amor, en singular, de tu vida. Se puede definir también como la fusión de dos seres en una única entidad. Este mito de la media naranja es una desviación del mito de los andrógenos que relata Aristófanes en su discurso en el *Banquete* de Platon. Se describe el amor como un íntimo anhelo de restitución de una plenitud perdida, de reencuentro con un total. Se ha producido una variación de la permanente búsqueda de uno o una misma, seres incompletos en proceso de crecimiento y aprendizaje, convirtiéndola en la búsqueda de una pareja, de otro sexo, que nos hará un ser completo. En consecuencia, se nos considera seres incompletos cuando no estamos inmersos en una relación amorosa, una relación donde se “funden” las personas que componen la pareja para componer esa imagen de naranja completa tan popular. Una forma de relación amorosa que se mantiene a pesar de los cambios sociales y a la creciente tendencia de las relaciones de pareja a conjugar la forma de asociación, manteniendo objetivos personales, con el modelo de amor fusión (García Casado 2010, 135). En la pareja se diluyen las necesidades individuales, se considera una unidad con sus propias reglas y necesidades, que por supuesto son más importantes que las de cada componente. Esta fusión, además, se presenta como la de dos mitades iguales entre sí en una sociedad donde nos encontramos con fuertes resistencias a mantener relaciones igualitarias entre mujeres y hombres.

Otra característica del amor romántico es que en su nombre se realizan todo tipo de renunciaciones, por ejemplo, al futuro profesional, al grupo social de pertenencia o a las agrupaciones familiares. Sin embargo, las necesidades,

expectativas o deseos individuales no tienen por qué ser coincidente y tendrán que ser negociados, reformulados y en ocasiones adaptados a la otra persona. De hecho, esa visión de “cubrir” determinadas necesidades que aparecen como propias de la pareja encubre demasiadas veces que de lo que se trata es de las necesidades de una de las partes y que es necesario que la otra renuncie a las suyas. Se trata de ese “amor satelital”, que hace que una de la partes de la pareja realice continuas renunciaciones que pasan al “cajón” de los sacrificios realizados (Coria 2001).

No podemos dejar de señalar por último otro de los sentimientos íntimamente ligado al ideal romántico: los celos.

Los celos no aparecen solamente como el temor a perder una relación afectiva importante, algo que podríamos entender dentro de las emociones humanas básicas. Constituyen un elemento sustancial del amor romántico y su expresión le da más valor a ese sentimiento. Para las mujeres persiste con fuerza, además, la creencia de que las respuestas celosas son sinónimo de amor que las hace sentirse halagadas (Vázquez, Estebanez et al. 2010). No tener celos, en ocasiones, se considera una falta de interés (“es porque no me quieres”), y generarlos es a veces una estrategia para afianzar o iniciar una relación. La consideración de los celos como algo, en cierta medida, positivo en las relaciones sentimentales tiene serias consecuencias en el maltrato y en el control de la pareja y en su nombre se ponen límites a la libertad de movimiento y de elección. Nos encontramos con que un 33,5% de los chicos y un 29,30% de las chicas están de acuerdo con la idea “los celos son una expresión de amor” (Díaz-Aguado et al 2010).

Socialización del amor romántico.

Ni todos los hombres ni todas las mujeres reproducimos por igual los condicionantes de género, pero sí que podemos hablar de pautas y comportamientos mayoritarios y hegemónicos. En nuestro entorno nos encontraremos con diversidad de comportamientos y grados de asunción o reproducción del modo de amor romántico. Vivimos hoy con diversas maneras de entender y construir una relación sentimental, sin embargo el ideal romántico como único y natural está más socializado y aceptado que otras formas más diversas de entender y vivir el amor.

Nuestra sociedad ha cambiado en cuanto a los modelos familiares y de pareja de una manera clara en los últimos años. No obstante, la absoluta prevalencia del amor romántico en los diferentes medios que intervienen en nuestra socialización es evidente.

Los transmisores contemporáneos de referentes sociales no son ya sólo la familia o la educación, que siguen siendo parte fundamental de nuestro crecimiento personal. Hoy en día, la diversidad de medios de comunicación, el cine, en menor medida la literatura, e Internet configuran gran parte de las referencias respecto a las cuales nos construimos de forma diferente hombres y mujeres en las sociedades actuales. Podemos comprobarlo en la diferencia de comportamiento entre hombres y mujeres a la hora de consumir productos mediáticos. Mientras el 35,4% de las mujeres jóvenes consumen programas de deportes en TV es el 78,8% de los hombres quienes lo hacen (la misma proporción que encontramos en el visionado de películas de acción). En el consumo de prensa rosa, por el contrario, encontramos un 42,1% de mujeres frente a un escaso 8,1% de los hombres, diferencia que se reduce en los reality shows con un 64,4% de mujeres y un 34; 3 % de hombres (Amurrio, Larrinaga, Usategui, Del Valle 2008).

Los valores aceptados en nuestra sociedad como políticamente correctos y más democráticos nos hablan de personas autónomas, independientes, con pleno derecho a decidir por sí mismas y el acuerdo es también mayoritario a la hora de establecer que una buena relación de pareja debe plantearse de igual a igual, algo que piensan el 83,6% de chicas y 90,5% de chicos (Díaz-Aguado et al.2010). Sin embargo, convivimos con un imaginario colectivo del amor romántico que apuntala y afianza un conjunto de ideas y comportamientos que se resisten a esos valores.

Nuestras biografías no son ideas ni comportamientos inamovibles y, afortunadamente, en nuestros procesos de crecimiento personal podemos realizar y realizamos cambios importantes; el libre albedrío y la capacidad de decisión son capacidades que nos hacen personas libres; para establecer relaciones en igualdad tendremos que deconstruir aquello que la sociedad en la que vivimos nos ha hecho asimilar como “lógico y natural”.

La socialización del amor romántico se ha universalizado. La fuerte tendencia a la homogeneización, la extensión de los medios de comunicación cultural, la difusión de la visión del mundo y los valores occidentales como los mejores posibles ha llevado a la sanción universal de este tipo de relación amorosa. Hoy el amor romántico sigue siendo el mito de referencia, en él se anudan y cobran sentido buena parte de las relaciones de pareja (García Casado 2010).

Algunas consecuencias del ideal de amor romántico

¿Qué tipo de relaciones se construyen desde esta visión romántica del amor?

¿Cuáles son los costes del amor romántico? (Coria 2001)

Una de las consecuencias de la idealización del amor es la justificación de la renuncia a nuestros deseos. Los deseos y expectativas de nuestra pareja van a

aparecer con más fuerza que los nuestros, tejiendo en demasiadas ocasiones una red de renunciaciones propias que se convierten en comportamientos habituales y en pérdida paulatina de la autonomía de una de las partes.

De forma aparentemente natural en ese proceso los gustos y opciones propios, de una parte de la pareja, pasan a serlo de la pareja, de ambos, como si fuera necesario y mejor tener una sola opinión y un solo comportamiento, como si esa "fusión" fuera el ideal de relación. Así se potencia que pensar como UNO "eleva y da calidad" a la pareja.

La dificultad para resolver los conflictos de una forma dialogada se ve aumentada por utilizar el control y los celos como algo unido al amor. Ya señalamos antes la importancia de los celos como posible antesala del maltrato. Su expresión más grave es la violencia contra las mujeres, pero el control sobre la pareja puede aparecer en otros comportamientos habituales y consigue que se pierda autonomía y poder de decisión propio. Así, porque la pareja no las comparte o le molestan, se dejará de participar en determinados acontecimientos sociales o de realizar actividades que solo responden a gustos propios y no compartidos. resultando que las situaciones de maltrato más frecuentes y extendidas sean las de control abusivo y aislamiento (Díaz-Aguado et al. 2010)

En el amor romántico se valora la dependencia como algo positivo, se refuerza ese sentimiento: Sin ti no puedo vivir, sin ti no soy nada. No se trata de un reconocimiento de las dependencias humanas como propias de personas que vivimos en sociedad sino como un efecto asociado al amor. Esta visión de las dependencias, de atribuirles un gran valor cuanto más fuertes son porque hacen más fuerte el amor, generan fuertes sentimientos de frustración cuando la relación sentimental fracasa. Esas dependencias, además, no suelen ser

bilaterales. Resaltar la importancia de la otra persona suele conllevar en la misma proporción la pérdida de nuestra propia importancia.

El modelo amoroso que se construye en el ideal de amor romántico para las mujeres

Es evidente que esta visión del amor romántico no es neutra y que en una sociedad sexista como la nuestra afecta de una manera diferente a mujeres y hombres.

En nuestra, escasa, educación sentimental observamos que las expectativas y herramientas con las que nos movemos hombres y mujeres son bien distintas.

En el ideal de amor romántico existen fuertes resistencias a un cambio hacia relaciones sentimentales basadas en la igualdad y se subraya la desigualdad de papeles que todavía hombres y mujeres tenemos en esta sociedad.

A pesar de los cambios sociales la relación de las mujeres con el cuidado y el amor a los demás comienza en la más temprana edad. No es casualidad que los niños y niñas no coincidan en gustos; ellos prefieren figuras de acción (35%), artículos deportivos como bicicletas o triciclos (26 %), construcciones de bloques o figuras (17%) y juegos de mesa (13%). Por contra, ellas piden muñecas y peluches (68 %), juegos de mesa (20%), artículos deportivos y construcciones (9%).¹

Desde los juegos infantiles la centralidad del amor y del cuidado en sus diferentes formas, forma parte de la vida de las mujeres en mayor medida que en la de los hombres. Se afianza así una visión que ayuda a configurar una actitud frente a la renuncia (lo mío puede esperar, esto es más importante), que

¹ Estudio presentado por Toys'R'Us en 2007 (1600 encuestas a niños y niñas).

impulsa que se sitúen las necesidades de mantener el amor y la pareja por encima de las propias.

En nuestra sociedad van ganando fuerza factores de éxito social vinculados a la autoestima de las mujeres y, así, las chicas dan un valor del 93,01 a seguir estudiando para realizarse y elegir la vida que quieren (un 87,09 los chicos) (Díaz-Aguado et al. 2010); pero todavía para una mujer una vida sin pareja, pues casi siempre se concreta el amor en tener pareja, es un fracaso social en mayor medida que para un hombre.

Un tema de mucha relevancia en nuestra sociedad es nuestra relación con los cánones de belleza imperantes. Nos encontramos con que el canon de belleza femenina sigue identificando a la mujer como objeto poético con elementos naturales de frescor y juventud (Bengoetxea 2010).

Esta sobredimensión de lo físico hace que nos encontremos con que el 80,2 % de los chicos considera como característica importante de su pareja que sea atractiva y guapa, mientras que en el caso de las chicas es el 48,1% (Amurrio et al 2008).

Otro factor fundamental a la hora de establecer relaciones de pareja es el cortejo, Comprobamos que las estrategias que hombres y mujeres establecen a la hora de entablar una relación son diferentes y la actitud en el acercamiento amoroso es más pasiva por parte de las mujeres (Altable Vicario 2005). La sanción social a aquellas mujeres que muestran claramente su libertad de elección y deseos es fuerte, tanto por parte de los hombres, que se sitúan en la ambivalencia de no elegir ese tipo de comportamientos para formar una pareja, pero sí los valoran cuando cubren sus necesidades afectivo-sexuales, como por parte de las otras mujeres. Se refuerza socialmente un estereotipo de comportamiento femenino que limita su autonomía y su libertad. Otra diferencia que nos encontramos por parte de los varones jóvenes es que suelen

centrarse más en seducir mediante un objeto (Altable Vicario 2005). Se trata de hacerse valer por lo que se tiene y no tanto por lo que uno es, reafirmando esa idea de muchos hombres de medirse en los logros tanto sociales como económicos.

En ese contexto, la educación dirigida a las mujeres ha potenciado las emociones y el romanticismo por encima del aspecto físico, y ha inhibido el deseo (si eres sexual eres una chica fácil) (Amurrio et al. 2009).

En los nuevos referentes sociales, el cine o la literatura, las mujeres que aparecen como decididas e independientes en bastantes ocasiones reproducen los estereotipos masculinos (ocultar sentimientos, recurso a la violencia, importancia cuantitativa de sexo). Se sigue colocando la valía personal en los mismos territorios y con los mismos valores que han sido propios de la tradición y valores masculinos. De esa manera se viene a decir que para tener éxito hay que portarse como un “hombre” y no hay un cuestionamiento de esos valores como violentos o sexistas.

El modelo amoroso que se construye desde el ideal de amor romántico para los hombres.

La socialización masculina respecto a las emociones está claramente atravesada por el género, en una sociedad donde todavía no se da demasiada importancia a la educación emocional. En nuestros programas escolares existe un predominio de la enseñanza de habilidades sociales e instrumentales frente a cómo afrontar y trabajar con nuestros sentimientos y emociones. Se deja ese terreno al aprendizaje individual, minusvalorando su importancia para las relaciones sociales e interpersonales. A pesar de que la diversidad de comportamientos masculinos es mayor que antes, algunas diferencias entre la

educación emocional de mujeres y hombres son claras: por ejemplo, no expresar demasiado las emociones, sobre todo las que demuestran “debilidad”, es algo que se aprende prontamente por parte de los hombres. Nuestra sociedad tolera algunas emociones masculinas al vincularlas con actitudes y valores determinados considerados propios de los hombres, como la alegría, el disfrute, la diversión, el orgullo o la satisfacción y, sin embargo, se encarga de ocultar aquellas que tienen que ver con el cariño, la tristeza, el dolor o el miedo, fuera de ciertos contextos aceptados (funerales, nacimientos, acontecimientos deportivos).

Ser dependiente emocionalmente, por más que todos y todas lo seamos en el sentido de tener la necesidad de relacionarnos con los demás afectivamente, se entiende como una debilidad frente a la autonomía y la fortaleza, que son y deben ser propias de la personalidad masculina. Una de las actitudes más habituales de los hombres en relación con sus sentimientos es la de no mostrarse vulnerables emocionalmente, aferrándose a la idea de que esa vulnerabilidad disminuye su masculinidad, su virilidad y su fortaleza e independencia.

La libertad aparece como un valor unido a lo masculino en las relaciones de pareja. Un 32% de los jóvenes, casi el doble de las jóvenes (17%), cree que lo más importante de la relación es vivir el momento sin compromisos, diferencia estadísticamente significativa. Esto se produce a la vez que una amplia mayoría de ellos, el 65%, cree que lo más importante de la relación es el sentimiento y el compromiso que ésta conlleva para con la otra persona, una visión romántica de la relación que comparte el 82% de las jóvenes (Amurrio et al. 2008).

Esta importancia de la libertad propia convive sin problemas con otros valores como el control de la pareja; así un 39,2 % de los jóvenes piensa que cuando

hay amor se desea estar siempre juntos, frente a un 26,1% de las mujeres (Amurrio et al. 2009).

Como vemos en los anteriores datos nos encontramos con valores que en ocasiones aparecen como dispares y contradictorios y muestran la mezcla y complejidad con la que los hombres viven el sentimiento amoroso y aunque la libertad se refiere mas a la autonomía masculina y el control a la pareja, a menos libertad para ella, aparecen el compromiso propio, romántico, con la relación y la dependencia masculina (estar siempre juntos) de la relación amorosa como factores importantes.

Dentro de las dificultades para exteriorizar los sentimientos, el amor no será fácilmente expresado por muchos hombres y menos en público. Aparecen así como despegados del hecho amoroso y con mas control aparente sobre lo que se siente. Al valorar mucho esa seguridad en sí mismos se pretende transmitir una sensación de no dependencia ni de la pareja ni del sentimiento amoroso.

La importancia y el lugar que ocupa el amor en la vida de muchos hombres, a pesar de ser grande, es más relativa y no tiene un carácter tan absoluto como en las mujeres. El modelo masculino sitúa el éxito personal en más territorios que en el amor o la familia, y el éxito será una combinación de factores donde la pareja es una parte. En consecuencia, la ausencia de amor no aparece en los hombres tan fuertemente unida al fracaso personal ni con la misma intensidad que en las mujeres.

Respecto a los modelos, hoy se plantean más modelos de referencia para los hombres en la relación amorosa, al menos modelos más débiles y complejos que en el pasado, ya no se trata exclusivamente de ser esos hombres insensibles y duros, hoy en día los hombres jóvenes no se sienten bien ni adoptando el modelo de virilidad del pasado ni rechazando totalmente la masculinidad (Badinter 1992). No obstante, los papeles que el imaginario del

amor romántico reserva para los hombres tienen todavía demasiado que ver con la figura del héroe y conquistador.

La imagen del chico “malo” como algo interesante sigue teniendo aceptación hoy en día. Teniendo en cuenta que los hombres se sitúan frente a las normas sociales de una manera diferente que las mujeres, en la socialización masculina romper la norma, transgredirla, aparece como un valor, propio de alguien listo, hábil, y se valora socialmente. Por el contrario, en las mujeres esa misma ruptura les puede llevar a recibir el desprecio o el ostracismo social, es una mala mujer. Es preocupante la asociación que realizan un número importante de jóvenes entre agresividad y virilidad y los varones (el 17,9%) consideran que el hombre que parece más agresivo resulta más atractivo para las mujeres (Amurrio et al. 2008).

En cuanto a la sexualidad, nuestra forma de vivirla sigue siendo distinta entre mujeres y hombres. Se impone entre los hombres una concepción cuantitativa del amor y la sexualidad y es ahí donde se consigue el prestigio social, tanto entre sus iguales varones como frente a las mujeres. Una parte importante de la autoestima masculina está fuera de él, está situada en cómo le ven sus iguales hombres y necesita de continuas muestras de reafirmación de su virilidad, alardeando y presumiendo.

De esa manera, como reafirmación de la importancia de la cantidad en detrimento de cualquier otro factor, se entienden declaraciones como las del actor Charlie Sheen, cuando dice que se ha acostado con 5.000 mujeres, o de Gene Simmons, músico del grupo Kiss, cuando afirma que lo ha hecho con 4.600.

El grupo actúa reforzando esas pautas de comportamiento y penalizando a quien tiene otro tipo de comportamientos; cuando algunos varones muestran

más sensibilidad o no participan de los ritos de adolescentes pueden sufrir fuertes presiones publicas homófobas. Esto empuja a que se oculten determinados sentimientos y que no los compartan con otros hombres, reafirmando la idea de las mujeres como las gestoras de lo emocional, lo cual no favorece precisamente una buena gestión emocional masculina.

Se reafirma la idea de que la educación dirigida a los varones es completamente distinta de la de las mujeres. En ellos amor y sexo van por separado, porque de la misma manera que el amor es enseñado y vivido en las mujeres como una necesidad en el caso de los hombres lo es el sexo (Amurrio et al. 2008).

Las responsabilidades en la pareja y la familia también se consideran distintas. Se mantiene en muchos de los modelos de referencia masculinos el papel de proveedor, de responsable de los bienes materiales, mientras que es la mujer quien se encarga de los bienes emocionales (Castells y Subirats 2007). A pesar de la incorporación de la mujer a los espacios públicos y de poder, incluido el mundo del trabajo, sigue apareciendo con mucha fuerza esa responsabilidad en los hombres. Un 90% de las mujeres le piden eso a su pareja ideal, que le proteja, frente a un no despreciable, pero insuficiente, 56,5 % de los hombres (Amurrio et al. 2008).

Aunque la importancia de la apariencia física como valor personal está sufriendo cambios que afectan tanto a hombres como a mujeres, lo está haciendo en el peor sentido, sobredimensionado la importancia del físico y la concepción de belleza socialmente mayoritaria. A la hora de elegir nuestra pareja ideal los hombres seguimos dando importancia a la belleza física frente a otras cualidades. Ante la pregunta “¿en qué nos gustaría que destacase nuestra pareja?”, el valor que dan los varones al atractivo físico es de 64 (sobre

100), más que a la simpatía (61,81) o a la sinceridad (56,72) (Díaz-Aguado et al. 2010).

Este modelo de vivir el amor sitúa a los hombres en lugares diferentes que a las mujeres. Algunas de las prerrogativas masculinas se ven reforzadas, por ejemplo se posee más libertad de acción social y de cara a las relaciones sexuales. Nos encontramos con que las decisiones de muchos hombres tienen más peso que las de sus parejas, sus renuncias suelen ser menores y en territorios menos importantes. En definitiva, no deja de ser un modelo de desigualdad y favorecedor de una mejor situación personal para muchos hombres.

No obstante, estos modelos de referencia masculinos en sentido fuerte ocasionan no pocas frustraciones. Como sucede con otros modelos ideales es realmente difícil llegar a reproducirlos con cierto éxito y en muchas ocasiones se generan grandes dosis de frustración. No cumplir con los mandatos sociales de ser un conquistador, o el modelo cuantitativo de relación sexual unido a un mal manejo de los sentimientos, genera situaciones problemáticas para muchos hombres. Las formas en que los hombres hemos construido nuestro poder social e individual son, paradójicamente, la fuente de una fuerte dosis de temor, aislamiento y dolor para nosotros mismos (Kaufman1999).

A modo de conclusión

Nos encontramos con una sociedad cambiante donde evolucionan y se diversifican los referentes masculinos de relación afectivo-sexual. Pero existen fuertes resistencias a ese cambio y muchas de ellas tienen que ver directamente con la prevalencia del ideal de amor romántico como modelo.

La complejidad de las relaciones de pareja hace necesaria una explicación multicausal de las desigualdades que aún perviven en su seno, teniendo como referente fundamental la falta de igualdad entre mujeres y hombres que todavía existe en nuestra sociedad y las resistencias, no exclusiva pero sí fundamentalmente masculinas, al cambio. Se antoja necesario el análisis del amor romántico, de nuestras formas de establecer vínculos afectivos sexuales, para comprender cómo las características que los configuran son potenciadoras de situaciones de desequilibrio en cuanto al poder de decisión y acción individual en el seno de demasiadas parejas, heterosexuales o no. Una desigualdad que puede generar situaciones negativas, desde tratarse mal al maltrato y la violencia y no necesariamente siempre en la misma dirección, de hombres a mujeres.

En los hombres siguen predominando los modelos de referencia que resaltan un concepto de virilidad unido a la ocupación del espacio público, a la fortaleza física y sexual, a un distanciamiento de la expresión de las emociones. Sin embargo, también comprobamos como se abren paso otros tipos de comportamientos que se distancian del modelo masculino tradicional.

La extensión del maltrato en las relaciones de pareja, en su mayoría hacia las mujeres, nos indica que el peso del modelo tradicional de relaciones desiguales tiene una gran fuerza, y que poner en cuestión el ideal de amor romántico es una de las necesidades más importantes hoy en día para construir una sociedad entre iguales.

Quizás sería un buen punto de partida considerar el amor romántico con todas sus características y condicionantes como algo limitador de la autonomía personal y un lugar desde el cual son muchas las dificultades que uno y una tiene para establecer relaciones sentimentales en igualdad con otras personas. Esto requiere llegar al convencimiento por parte de los hombres de que los

“privilegios” que nos otorga este modelo de relaciones afectivo sexuales no son ni justos ni convenientes, tanto para nuestras compañeras y compañeros como para nosotros mismos.

La masculinidad hegemónica no es un tipo fijo, el mismo siempre y en todas partes. Es, más bien, la masculinidad que ocupa la posición hegemónica en un modelo dado de relaciones de género, una posición siempre disputable (Connell.1987, 11). Teniendo todo ello en cuenta deberíamos repensar cómo construir identidades personales más allá de identidades masculinas y femeninas, que nos permitan crecer y actuar en igualdad y que disputen ese lugar hegemónico a los modelos masculinos tradicionales.

Para acabar podríamos hablar de cierto desconcierto masculino ante mensajes y exigencias contradictorias que, por una parte, siguen situando el prestigio y la autoestima masculina en un modelo anterior, pero que se construyen dentro de un ideario social igualitario, generando nuevos referentes y comportamientos.

Bibliografía.

Altable Vicario, Charo: Penélope o las trampas del amor. Nau Llibres, Valencia, 1998.

Bacete, Bergara, Riviere. Guía; los hombres, la igualdad y las nuevas masculinidades. Emakunde .2008

Badinter, Elisabeth (1993) XY. La identidad masculina

Bonino Méndez. Luis. Los Varones hacia la Paridad en lo Doméstico- Discursos Sociales y Prácticas Masculinas.

Bonino, Luis. Varones y abuso doméstico, P. Sanromán, Salud mental y ley, Madrid, AEN, 1991.

Bonino, Luis. Obstáculos y resistencias masculinas al comportamiento igualitario: Una mirada provisoria a lo intra e intersubjetivo.

Bourdieu, Pierre. La Dominación Masculina. Anagrama, Barcelona, 2000.

Caro. Maria Antonia, Fernández Llebrez Fernando (coordinadores Buenos tratos: prevención de la violencia sexista. Ediotrial. Talasa 2010

Castells, Manuel y Subirats Marina (2007). Mujeres y hombres ¿Un amor imposible? Madrid, Alianza Editorial, 2007.

CIS Barómetro Marzo 2010

Coria, Clara (Paidos) El Amor No Es Como Nos Contaron... Ni Como Lo Inventamos

Corsi, Jorge. Violencia masculina en la pareja. Paidós, Barcelona, 1995.

De Rougemont, Denis: El amor y Occidente. Ed. Kairós, Barcelona, 1979.

De la Concha .Angeles (Coord) El sustrato cultural de la violencia de género. Editorial Sintesis.2010

Kaufman, Michael. Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. 1994.

Ortiz, Lourdes: El sueño de la pasión. Ed. Planeta, Barcelona, 1997

Fernández-Llebrez, Fernando. Masculinidades y violencia de género ¿Por qué algunos hombres maltratan a sus parejas (mujeres)?, Granada, 2005.

Gomez. Jesus. El amor en la sociedad del riesgo. Coleccion Apertura 2004

García Fernando J. Casado Elena Violencia en la pareja: género y vinculo. Editorial. Talasa .2010

Sampedro, Pilar. El mito del amor y sus consecuencias en los vínculos de pareja. Disenso, 45, mayo 2005.

Platón ,El banquete

Vázquez Norma, Estébanez, Ianire Diagnóstico de la percepción y opiniones sobre la violencia sexista de los municipios de Ondarroa y Marquina-Xemein. 2010